

contra éste o contra aquélla. La libertad es incompatible con los odios y las simpatías, con las posiciones previas. La libertad empieza por tomar de la verdad lo más positivo y darle fuerza y contraponerlo con toda nuestra alma a lo negativo. La libertad no es "a ver si acabamos con fulano", sino "a ver si nos entendemos con fulano y entre todos hacemos algo grande". El cotilleo, la calumnia, la torpe murmuración, a los que tan aficionado es este pueblo mío lo convierten automáticamente en esclavo y algunas veces en algo peor: en inservible.

Hace poco leí en los comentarios judiciales de la Prensa el resumen de un proceso por violación de secreto. A una oficina llegó un joven que pronto prosperó en ella por su preparación y su entusiasmo. Ante el asombro de todos escaló puestos y se plantó por propios merecimientos en uno bastante considerable. Para colmo, caía muy simpático a las muchachas de la oficina por su comportamiento caballeroso y galante. Pues bien: un día, cierto compañero del afortunado joven compuso un complicadísimo plan con objeto de abrir la correspondencia privada de éste, pues intuía que en ciertos sobres voluminosos, que a diario recibía, podría existir una pista, un renuncio, algo desagradable que le desacreditara ante jefes y compañeras. El mal intencionado encontró dentro del sobre, para mayor calvario, una noble y sincera carta de amor. ¿Cabe mayor ofuscación? Puede la mala intención deshacer así el equilibrio moral de un ser humano? Cuando el resentido habló ante los jueces parece ser que se expresó con unas palabritas que son ya tópico en nuestra vida y hasta en nuestra literatura menor.

—Era un niño bueno. Un listo. Siempre amable con todos. Siempre cortés. Un falso. Un insoportable.

Y uno dice que no. Que el insoportable no es nunca quien trabaja, asciende por propios méritos, se contiene los impulsos, se comporta de forma cortés, respeta lo respetable y trata con agrado a todos. El insoportable no es nunca el triunfador sincero y humilde, lleno de buena intención. El insoportable es el otro. El que a ese hombre llama despectivamente niño bueno, el fracasado, el "hecho polvo" el que quiso y no pudo y nos refrota siempre sus sentimientos de frustración de un modo o de otro; el que rinde menos a la sociedad, el esclavo de sus malas cosas.

Yo creo que una buena lección de libertad hubiera sido admitir que el recién llegado había ganado la partida con todas las de la ley. Tal vez algún día los mal intencionados descubran el magnífico mundo que se oculta tras la buena fe. Me gustaría que a tan despreciable enfermedad—la mala intención—fuera nuestra juventud arrinconándola hasta acabar finalmente con ella. Y todo se tornaría entonces más claro, más eficaz, más positivo y... más libre.

ALFONSO PASO